



71

Jacqueline Glénisson

**UNA INTERPRETACIÓN
CONTEMPORÁNEA DE LOS
EJERCICIOS DE SAN IGNACIO**

UNA INTERPRETACIÓN CONTEMPORÁNEA DE LOS EJERCICIOS DE SAN IGNACIO

Jacqueline Glénisson de Walque

PRESENTACIÓN (<i>Javier Melloni</i>)	3
INTRODUCCIÓN	4
1. EL FUNDAMENTO	5
2. PRIMERA SEMANA	9
3. SEGUNDA SEMANA	16
4. TERCERA SEMANA	27
5. CUARTA SEMANA	30

Jacqueline Glénisson de Walque, religiosa del Sagrado Corazón. Misionera, educadora, acompañante y ermitaña.

Edita Cristianisme i Justícia, Roger de Llúria, 13 - 08010 Barcelona
Tel. 93 317 23 38 - info@fespinal.com - www.cristianismeijusticia.net
Imprime: Ediciones Rondas S.L. - Depósito Legal: B-23852-2014
ISBN: 978-84-9730-321-0 - ISSN: 2014-654X - ISSN (ed. virtual): 2014-6558

Revisión y corrección del texto: Pilar de la Herran
Maquetación: Pilar Rubio Tugas
Octubre de 2013

La Fundación Lluís Espinal le comunica que sus datos están registrados en un fichero de nombre BDGA-CIJ, titularidad de la Fundación Lluís Espinal. Solo se usan para la gestión del servicio que os ofrecemos, y para mantenerlo informado de nuestras actividades. Puede ejercitar sus derechos de acceso, rectificación, cancelación y oposición dirigiéndose por escrito a c/ Roger de Llúria 13, Barcelona.

Desde hace veinte años, la Escuela Ignaciana de Espiritualidad (EIDES) tiene por cometido transmitir el legado ignaciano, pensando particularmente en la formación de personas que sean capaces de transmitirlo a su vez. El núcleo de este legado se encuentra, sin duda, en los Ejercicios Espirituales, si bien no únicamente. Bucear en ellos una y otra vez ha permitido extraer sus tesoros a múltiples generaciones desde hace casi quinientos años. Tal es la característica de todo texto que se ha convertido en un clásico: permaneciendo intacto, tiene la capacidad de hablar a cada generación con su propio lenguaje. Cada incursión personal y generacional descubre significados y posibilidades diferentes.

Esto es lo que se ofrece en este Cuaderno: una interpretación de los Ejercicios en claves contemporáneas por alguien que los ha orado y sedimentado a través de su propia práctica a lo largo de su vida y también en el servicio de proponerlos a diversas personas en el marco de la Vida Ordinaria y también en tanda de Mes.

Jacqueline Glénisson de Walque, de origen belga y religiosa del Sagrado Corazón, estudió la carrera de físicas y después de veinte años como enseñante en El Congo, lleva el resto de su vida en territorio español recorriendo parajes bien diversos: primero fue profesora en Nazaret (Valencia) durante trece años; ya jubilada estuvo unos años en el mundo rural del Moncayo y después ha estado en comunidades de inserción en barrios de inmigración en Santa María del Águila (Almería), en el casco viejo de Zaragoza y en los barrios marginales de Barcelona. Antes de su retiro definitivo, vivió como ermitaña durante dos años y medio en los bosques del Mas Blanc. Actualmente está Pamplona, en una residencia para hermanas mayores. Es decir, estamos ante una mujer que se ha nutrido tanto de una intensa vida interior como de su compromiso con los desfavorecidos. Estas páginas son fruto de su experiencia humana y orante, y también del acompañamiento de los Ejercicios que ha hecho a gente bien diversa. Las presentamos como un estímulo para que, con la unción del Espíritu, cada cual recree la interpretación de un texto que sigue vertebrando la vida espiritual de muchas personas y que tiene la capacidad de hablar a cada generación con su propio lenguaje.

INTRODUCCIÓN

Dios en sí mismo es incognoscible. Pero Dios se da. Todo es manifestación de este Dios que se da. «Ordenar la vida» implica quitar las trabas que frenan este fluir de Dios que informa nuestro ser por medio de nuestra libertad.

Ignacio experimentó que quitar estas trabas le permitía tomar conciencia de que todo él era don continuo de este fluir de Dios y le hacía vivir su ser en plenitud. Con los EE nos comparte su experiencia. Al ser una experiencia profunda y auténtica, deviene universal y también actual. Esto significa que los textos más significativos que jalonan la dinámica de los EE pueden darse íntegramente, pero habiendo dado previamente las claves para traducir su lenguaje.

Mi experiencia es que sólo cuando el ejercitante es capaz de integrar y asumir la experiencia profunda del maestro, puede acceder a tales textos. Antes hay que esforzarse por transmitirlos en lenguaje contemporáneo. En este cuaderno se ofrecen las claves que interpretan el texto del maestro. No se da aquí el material concreto para hacer los EE.

Por otro lado, este Cuaderno es heredero, no solamente del texto de los Ejercicios sino de la totalidad de los escritos que nos ha dejado san Ignacio. Su legado deja vislumbrar el fuego interno que intentaba expresar con la lengua y los contenidos de su tiempo.

Es heredero también de todos estos hermanos jesuitas que han profundizado, vivido y hecho vivir el legado del Padre.

Es heredero finalmente de todos los hermanos y hermanas que en el acompañamiento han sabido entrever la profundidad que conlleva «la lucha de Jacob con el Ángel», combate del que salen marcados para siempre.

1. EL FUNDAMENTO

De manera muy escueta Ignacio define los EE de este modo: «Ejercicios espirituales para ordenar la vida sin determinarse por afección alguna que desordenada sea» [EE 21]. Ahora bien, no se puede ordenar la vida sin determinar cuál es su *fundamento*. Ignacio nos da una clave general: «El hombre ha sido creado...». Este impersonal irá individualizándose a través del «por mí» tantas veces repetido a lo largo de los EE.

Antes de abordar el texto original conviene apuntar lo que hoy podemos decir del ser humano y esbozar algo de los valores emergentes actuales.

1.1. El Fundamento es el Manifestante

Un teólogo decía: «Cristo es toda la materia». Todo el cosmos es manifestación del Inefable, origen, sostén y fin de lo que es. No hay ruptura entre el Manifestante y la manifestación, entre Dios y lo que soy. El fundamento es el Manifestante, pero no lo puedo alcanzar más que por medio de sus manifestaciones.

Los EE no presentan cualquier manifestación sino que nos sitúan ante la criatura responsable, libre y reflexiva que soy yo. Así, también puedo decir que el Fundamento es lo que soy, por gracia de Dios.

Todo lo que nos hace eludir nuestra condición humana no puede ser Fundamento de nuestra vida. Todo lo que se quiere construir fuera del condicionamiento particular *de lo que soy*, no puede ser Fundamento. Por lo demás, *lo que soy* no es estático sino sumamente dinámico. Cada elección mía, aunque no necesariamente acertada, queda asumida por Él que me da el ser. Cada libre decisión que tomamos modifica, enri-

quece, individualiza lo que somos haciéndonos una manifestación particular y original de *El-que-Es*.

Conviene indagar sin cesar en esta *manifestación* que somos, la cual tiene las dimensiones infinitas del misterio y nos reserva la sorpresa de mundos siempre más ricos y más amplios. Al igual que la curva de una función se acerca cada vez más a la asíntota hasta el infinito, buscando lo que soy, me acerco cada vez más a *El-que-Es*.

1.2. La no-dualidad entre Creador y criatura

Vivimos un cambio de época y los fundamentos de la anterior se derrumban bajo una potente emergencia de valores nuevos. Uno de ellos es la noción de no-dualidad respecto de Dios y de la creación.

Dios es el Ser absoluto, incognoscible y sin nombre, fuente de toda manifestación, origen de todo lo que hay sin confusión pero sin ruptura. Como consecuencia imperativa, todo lo creado está interconectado. El núcleo profundo de cada cosa, acontecimiento, persona es el Ser-Totalidad fluyendo en el ser particular.

Cada ser individual puede percibir en el otro este núcleo profundo, ese misterio que le hace participar de «Dios todo en todo» (1Cor 15,28). Ignacio no lo podía expresar como lo hacemos hoy. Pero, sin forzar las cosas, tanto en sus escritos como en su vida, podemos descubrir una experiencia espiritual muy profunda que transgredía el tiempo y que resulta actual y de todos los tiempos.

Es cierto que en la Contemplación para alcanzar amor se dice que «el amor consiste en la comunicación de las dos partes» [EE 231], lo cual es dualidad declarada. Pero el texto prosigue con el intercambio de todo lo que tiene el amante al amado, hasta el inconfundible momento donde no queda ni lo mío, ni lo tuyo, ni tú ni yo, y la dualidad desaparece en la no-dualidad. En el texto original del segundo punto de la misma contemplación se expresa con toda claridad el nexo ontológico de cada criatura con Dios mismo: «Dios vegetando en las plantas, sensando en los animales, entendiendo en los hombres...» [EE 235]. Son expresiones extraordinarias. Nos hallamos muy cerca de las formulaciones y experiencias de Oriente o del redescubrimiento actual de la física cuántica de la íntima cohesión de todo con todo.

1.3. «Ordenar la vida»

Este ordenar supone primordialmente tomar conciencia, elegir y realizar lo que soy, lo que soy como don, reto y tarea. Pero no desconectado del mundo: «y las otras cosas sobre el haz de la tierra...». Este mundo real es el lugar de mi toma de conciencia. No el mundo de nuestros sueños sino el que nos ha sido dado y tal como nos ha sido dado. Sólo el mundo real es el mundo de Dios. Este mundo como don, reto y tarea.

1.4. Interpretación de algunos términos

Bajo estas claves, el texto original puede ser reinterpretado del siguiente

modo sin traicionar para nada el núcleo de la experiencia ignaciana:

– «Es creado», el hombre y la mujer son el resultado de la evolución impulsada por el Creador. Estamos ante una creación continua y abierta, en absoluto fija ni cerrada, llena de potencialidades por descubrir.

– «Alabar» significa recobrar la capacidad de estremecerse ante lo increíblemente bello de lo que existe en nuestro entorno: el universo, la tierra, la flora, la fauna, los humanos, yo.

– «Hacer reverencia» implica situarse como criatura de Dios frente al resto de las criaturas del cosmos, respetando a cada cosa desde lo que es en sí misma.

– «Servir» es entrar en el movimiento transformador del mundo, actuando, implicándose.

– «Salvar su ánima» es alcanzar a la plenitud del propio ser.

– «Hacernos indiferentes», es decir, libres, liberados del subjetivismo que distorsiona la realidad y de las programaciones de nuestra educación. Capaces de ver las cosas como son.

– «No queramos de nuestra parte más salud que enfermedad, riqueza que pobreza, honor que deshonor, vida larga que corta». Es imprescindible llegar a una nueva percepción de la realidad; más que nueva, se tendría que decir perenne y que está subyacente en todas las espiritualidades tanto de Oriente como de Occidente. Para ello conviene distinguir entre vivir a partir del *ser* o a

partir del *estar*. Estamos ante dos niveles de percepción muy diferente de la realidad.

1.5. Distinción entre el ser y el estar

El nivel del *estar* es superficial. En él se distorsiona continuamente la percepción de la Realidad según las fluctuaciones de las emociones, del tiempo, del espacio, de los sentimientos, de los prejuicios, de las costumbres, de los razonamientos, del miedo, del deseo o de la salud. El punto de referencia es el ego. El juicio es subjetivo y se trata todo como objeto. El estrés, la agitación y el ruido son fruto de que vivimos normalmente en el nivel del *estar*.

El nivel del *ser* es profundo. En él se puede aprehender la Realidad tal como es, más allá de las fluctuaciones. El punto de referencia son las cosas, las personas, el yo o los acontecimientos en sí, fuera de su relación conmigo. Allí todo es asombro. El juicio es objetivo, y todo es tratado como sujeto. En el silencio llegamos poco a poco a vivir a nivel del *ser*. En el silencio podemos percibir cómo recibimos la vida y podemos sentir cómo «en Él vivimos, somos y actuamos» (Hch 17,28). Allí descubrimos la fuente inagotable del Dios que se da.

Entre el *estar* y el *ser* hay una zona de bloqueos hecha de miedos, apegos, defensas, heridas que dificultan llegar al *ser*. Para ello conviene reservar cada día un espacio de silencio y tomar conciencia del propio *ser*, más allá del nivel del *estar*. Este espacio, poco a poco, se irá ensanchando hasta informar el nivel del *estar* e integrar toda la vida.

Allí, sin saber cómo, se romperá el círculo cerrado del ego y se abrirá el asombro infinito de la compasión. Como dice san Ignacio, seremos capaces de «ver a todas las cosas en Dios y Dios en todas las cosas» (Constituciones 288).

Tal es el verdadero sentido de la indiferencia: la paradoja que permite vivir

con un intenso interés por todo y, al mismo tiempo, con una completa libertad. Todo me interesa y a la vez todo me es igual.

Todo ello se enuncia al comienzo de los EE para ser recorrido lentamente a lo largo del proceso y convertirlo en un modo de vivir real en el ejercitante.

2. PRIMERA SEMANA

Una vez sólidamente establecido el Fundamento sobre el cual se empieza a «ordenar» la vida, el conocimiento de Ignacio sobre el ser humano nos lleva a una inmersión en las zonas profundas de la psique y en el misterio del mal.

Los EE proponen hacer un recorrido por los pecados de los ángeles [EE 50], de Adán y Eva [EE 51] y los pecados colectivos y personales [EE 52.56-58] así como propone meditar el castigo del infierno [EE 65-72]. A pesar de que hoy, presentadas así, estas meditaciones resultan inaceptables porque acorralan al ser humano y a la creación en una situación de culpabilidad generalizada, al mismo tiempo nos confrontan ante una realidad ineludible: la experiencia del mal, tanto sufrido como provocado.

En los EE es sumamente importante que el ejercitante pueda bajar a su pozo interior –lo que uno es–, y también contemplar este mundo tal como es y dejarse impactar, incluso derrumbar, por el choque que nos produce el mal, para después poder integrarlo en el co-

razón mismo de su experiencia del Amor de Dios.

2.1. El misterio del mal

Los siglos xx y xxi han quedado abrumados por la gran pregunta sobre el mal, tanto ante el mal en general como ante el mal personalizado en cada uno. San Ignacio propone que antes de centrarse en el mal personal, se intente una reflexión sobre el problema del mal en sí. Tal es el sentido de la meditación sobre el pecado de los ángeles [EE 50] y de Adán y Eva [EE 51]. No se trata de dar una respuesta que neutralice el misterio, sino de cernir su contenido y su expresión y, en la medida que se pueda, integrarlo dentro de la comprensión de este mundo tal como nos ha sido dado.

El mal no es objetivo. Se trata de una experiencia subjetiva, profundamente humana, de la cual ninguno de nosotros puede escapar. La noción de mal no existe en el mundo animal. Aunque tengamos nuestro fundamento sobre roca, más pronto o tarde tendremos que enfrentarnos con él.

¿Qué contenido dar a la palabra? El mal incluye todo lo que destruye y rompe la armonía. Se pueden distinguir tres ámbitos diferentes: el mal provocado por los fenómenos naturales: un terremoto, un incendio, un tsunami, una radiación nuclear; el mal que podemos provocarnos los seres humanos unos a otros: la explotación, la tortura, una violación; el que proviene de los desarreglos de la misma vida: un niño con síndrome de Down, la enfermedad, la vejez, la muerte.

2.1.1. Algunos intentos de respuesta sobre el mal

Hemos oído al respecto muchas respuestas, la mayoría de las cuales son inaceptables o incompletas porque no nos atrevemos a considerar la radical diferencia entre nuestro querer humano y el trascendente, recio y insondable amor de Dios. Me permito presentar algunas de estas respuestas para intentar desentrañar su artificialidad, respuestas que, al no serlas, en lugar de calmar nuestra angustia la agudizan.

– «Tenemos que luchar contra las fuerzas del mal en el mundo». ¿Existe una fuerza del mal que lucha contra Dios? Hay que desenmascarar el maniqueísmo subyacente en esta respuesta. ¿Puede existir algo

que escape a Quien es origen, sustento y fin de todo? Por otra parte, ¿qué nos da la seguridad de poder discernir cuáles son los buenos y cuáles son los malos? ¿Fue justicia quemar a los herejes o guillotinar al rey, invadir Irak o matar a Bin Laden, mutilar un adúltero o reventar los contenedores? ¿Quién tiene razón y quién se equivoca? ¿Soy yo la verdad y el resto yerra? Al mirar tanto la historia del pasado como la actual no nos queda más que llorar ante las increíbles injusticias y destrucciones, guerras y venganzas que tal aserción provocó en nombre de la justicia o de Dios. Pablo dirá: «¿Quién eres tú para juzgar a tu hermano?» (Rm 14,4.10). ¿Cómo educar para ensanchar el horizonte y tomar distancia ante las cosas, abrirse a lo diferente, detenerse y descubrir el núcleo profundo de todo donde el Manifestante se manifiesta? Si Dios es Dios, ¿hay algo que se le pueda escapar? ¿Qué quiere decirnos Jesús en el evangelio con: «Dejad crecer la cizaña con el trigo, al final todo se arreglará» (Mt 13,24-30)?

– «El mal se da porque Dios nos hizo libres». Eso significaría que Dios no previó las consecuencias de sus dones. Hoy estamos en condiciones de hacer una nueva interpretación de la intuición del mito del Génesis y comprenderlo como la descripción del paso del animal a la humanización, el modo de explicar cómo nació la libertad con la interacción del don gratuito y de la desobediencia. ¿No hablaba antiguamente

la liturgia de *Felix culpa*? Los primeros Padres se encuentran enfrentados con un dilema: el fruto era apetitoso y, al mismo tiempo, prohibido. Adán y Eva deliberan, escogen y actúan. Pasan de la inocencia prehumana a responsabilizarse libremente de un acto que sabían lleno de consecuencias. Es el despertar de la libertad, el uso de la libertad como don primordial. Y Dios asumió la decisión. Incluso nos podemos preguntar si fue Dios mismo, bajo el disfraz de la serpiente, el que les tentó y les obligó, ante el dilema entre «bueno» y «prohibido», a discernir, decidir y actuar para dejar ya sin retorno el paraíso irresponsable del animal. Es cierto que el uso de la libertad es mucho más importante que acertar en una decisión. El primero es fundamental y constitutivo de nuestro ser; el segundo es aleatorio. Se ha insistido demasiado sobre la desobediencia como pecado en lugar de ver en ella un primer paso hacia la humanización. Podríamos decir que a Dios le importa mucho más el ejercicio de la libertad que la posibilidad de errar. Y asume el error. Es más, impulsa a los primeros Padres a dar el enorme salto cualitativo que marca toda la evolución y asume a tal punto el error, que a partir de allí se da a conocer: «Seréis como Dios» (Gn 3,1-24).

– «Dios no quiere el mal pero lo permite». Esta respuesta indica un modo demasiado humano de concebir a Dios. No nos atrevemos a romper la cáscara de nuestro mundo. Es como si nos quedáramos en una calle ilu-

minada con luz artificial en lugar de mirar las estrellas en plena noche, olvidando que tenemos esta misteriosa facultad de percibir la trascendencia. Hemos de entender que Dios no es un hombre bueno ni un hombre justo porque no es un hombre. Intuimos su Amor, pero, ¡qué recio es este Amor y qué distinto de nuestro modo de amar! Sus horizontes de espacio y tiempo son infinitos. Tanto lo infinitamente grande como lo infinitamente pequeño nos deja con la respiración cortada. Sólo Él sabe. Nosotros, tan efímeros, superficiales, parciales y limitados, ¿qué vamos a entender? Si utilizáramos nuestra facultad de percibir la trascendencia podríamos descubrir que el mal puede ser una pedagogía divina y que la experiencia del mal se puede integrar en el misterio de Amor de Dios. Sin seguir entendiendo el mal, podemos intuir que forma parte del proyecto de Dios. Esto nos hace entrar en el Misterio, con la confianza básica en que *Él sabe*.

Aún así, cuando el dolor del mundo se integra, sigue abrumándonos e incluso derrumbándonos con la impotencia de sentirnos sólo espectadores. ¿Es posible que alguien muera de hambre sin que algo en mí muera de hambre? Esta percepción podría ser ya una experiencia de la no-dualidad, un despertar que nos lleva a la compasión, enfocando todo nuestro sentir más allá de nosotros haciéndonos sentir que somos el otro.

En definitiva, los EE nos llevan desde el comienzo a recobrar la fe plena ante toda realidad y a percibirla como buena, a fiarnos en lo que hay y a bus-

car en lo que hay el plan de Dios, lo que Dios quiere y siempre ha querido, y a tener la certeza de que Dios asume las consecuencias de lo que hay.

De aquí que podríamos reformular alguna de las oraciones de la Primera Semana y decir: «Pedir lo que quiero, aquí será: integrar la experiencia del mal en el misterio del amor de Dios». Creo que esta reformulación no traiciona a Ignacio. Tanto en su correspondencia, como en su Autobiografía, Ignacio se abre a la gratitud de un mundo donde todo se integre en el misterio del Amor. La mística de Ignacio va mucho más lejos que la prudencia y a veces la convencionalidad de sus escritos. No hay nada que pueda escapar «a Dios todo en todo» (1Cor 15,28). Él es la Realidad última de todo. Todo lo que experimentamos es contingente respecto al Absoluto. El Absoluto es Misterio, donde podemos adentrarnos siempre más y donde lo que no se entiende cobra cada vez más sentido.

2.1.2. ¿Qué sentido puede tener la experiencia del mal?

Los EE nos lleva a considerar toda realidad a partir de esta mirada escrutadora del Espíritu que nos ha sido dado. En este apartado intentaremos insinuar algún sentido la experiencia del mal.

Todos tenemos la experiencia de que el fracaso de nuestras expectativas nos ha llevado mucho más allá de lo esperado.

El aguijón de Dios nos obliga a ponernos de pie, a retomar conciencia de lo que queremos de verdad. Nos obliga a estirarnos y dar un salto cualitativo sin

retorno, a descubrir «tantos bienes recibidos» [EE 233], capacidades, dones, recursos... que la comodidad había dejado dormidos en nuestro potencial sin hacerlos realidad.

El aguijón de Dios nos obliga a darnos cuenta de que no estamos solos en el mundo, sino que estamos rodeados de hermanos que nos echan una mano o que también nosotros ayudamos a salir de la cuneta. Si fuéramos autosuficientes, ninguna necesidad nos obligaría a tomar conciencia de que somos comunidad. Este despertar llega a veces después de una larga marcha en la noche que nos prepara para no ser deslumbrados por la irradiación de la luz.

Podemos considerar también cómo la evolución utilizó el mal para llegar a producir este ser extraordinariamente complejo, capaz de discernir, elegir, decidir en su autonomía personal y responsable de su decisión, que es el ser humano. En un medio de bienestar total, la evolución se habría estancado y estaríamos todavía en el estado de bacterias felices.

En el Libro de Job se hace patente que Job, justo y bueno, no merecía ningún castigo. Dios le maltrata hasta dejarlo solo en un estercolero y lleno de enfermedades. Job grita justicia y cita a Dios en el tribunal. Dios responde con un poema a la creación de una intensa belleza (Job 38-40,2). Dios responde sin responder, haciéndole caer en la cuenta de que hay cosas que superan a la mente humana y que si Job no sabe, Dios sí sabe. A Job no le queda más salida que callar y «poner la mano sobre la boca» (Job 40,4). Y con la evidencia que Dios sabe, se deja inundar de tal fuerte con-

fianza que recupera salud, tierra, casa, hijos, mujeres, bueyes y asnos... (Job 42,10-16).

San Ignacio nos pone ante el Crucificado [EE 53]. Como Tomás, no hay que retroceder ante los efectos del mal y hay que atreverse a meter nuestros dedos en las llagas. Tal es la experiencia que hizo Jesús hasta el extremo: tomar conciencia de la realidad. Jesús asumió el mal. Hoy y siempre, Dios lo asume. Dios está dentro del mal. Él sabe que el mal es la grieta por donde se cuela su Espíritu.

En definitiva, no hay respuesta al problema del mal. Como Job, nos ponemos la mano sobre la boca o como María, la madre de Jesús, que no entendía, pero guardaba todo en el corazón (Lc 2,19 y 51). Nuestra razón no alcanza la respuesta. Pero podemos encontrar un sentido que irá en aumento hasta que, como una música callada, acabará por sumergir toda la realidad.

2.2. La acción del mal en mí

Después de las consideraciones generales sobre el mal, volvemos al sujeto que ahora tendrá que enfrentarse al problema en el núcleo más profundo de su persona. No se trata de detectar los pecados concretos sino de alcanzar la conciencia de pecado. La tradición cristiana nos dice que tal toma de conciencia es un regalo de la revelación.

La psicología contemporánea ha desvelado que la psique es el lugar donde se acumulan los bloqueos, la culpabilidad, las pulsiones reprimidas. Hay que destapar, dejar aflorar todo lo que ha sido reprimido o escondido sin re-

solver. Este infierno subconsciente está tan bien tapado que ni siquiera nos damos cuenta de su extensión, sino porque provoca en la superficie unas reacciones que nos sorprenden por incongruentes o desproporcionadas.

No sirve de nada corregir las reacciones superficiales. Limitarse a lo superficial es una manera de engañarse a sí mismo, con el peligro de presentar ante los demás algo que está en contradicción con lo que se vive. Esta situación, a largo plazo, puede provocar una ruptura de la cohesión psíquica y acabar en depresión.

Hay también que descartar el falso respeto que impide admitir que, en realidad, como todo ser humano, somos «pobres pecadores», tal como lo rezamos en el Ave María [Cf. EE 58-60]. Hemos de tomar conciencia de haber dañado muchas veces a nuestros hermanos, pero precisamente por esto podemos vivir un humilde y casi infinito sentimiento de gratitud tanto a Dios como al hermano: ¿Yo? Pues ¡Sí! Cómo soy, tal como soy, he sido escogido para vivir, colmado de bienes, llamado a conocer, a *re*-conocer, a *con*-nacer con *El-que-Es* e irradiarlo y descubrirlo en todo lo que me rodea.

Todo lo que descubrimos sobre nosotros hay que acogerlo sin juicios de valor. Hay que atreverse a mirar lo que sale sin dejarse afectar. Es lo que es y hace parte de lo que soy. Todo está en las manos de Dios. La conciencia de ser pecador descarta el sentimiento de culpa y el sentimiento de fracaso. Ambos sólo refuerzan el círculo cerrado del ego que impide tanto la relación como el fluir de la gracia. Se trata de llegar al

sentimiento del error, lo cual nos ayuda a recuperar la objetividad y reajustar nuestro hacer.

La consciencia del pecado hay que insertarla en dos lugares nucleares: en la alianza entre Dios y su criatura y en el dinamismo de nuestras actuaciones y decisiones.

a) Hay que tomar conciencia de la alianza ontológica entre el Creador y su criatura, entre el Manifestante y su manifestación. No son ni mis dones, ni mis luchas para ser mejor lo que me hace amable a los ojos de Dios, porque todo eso no soy yo. Me ayuda a vivir, a relacionarme, pero no soy yo. Mis limitaciones y mis fallos no es lo que me hacen repulsivo a los ojos de Dios. Hay que descubrirlos como un reto continuo para superarme e ir adelante. Lo que Dios ama es lo que soy y no el bien o el mal que hay en mí. Este Amor no sabe ni de castigo, ni de recompensa. Sólo ama, sin condiciones. Nada ni nadie nunca podrá alterar este Amor personal, creador y recreador que me tiene mi Dios. Este Amor es el fundamento de lo que soy (Cf. Rm 8,31-39). Así lo vemos con los trabajadores de la última hora (Mt 20,1-15) o con el hijo pródigo (Lc 15,11-21).

b) Por lo que respecta a mi libre-hacer, hay que ponerlo en relación con la conciencia de las promesas de Dios y la tensión para hacerlas entrar en mi realidad. ¿Qué soy o quién soy? Retomamos aquí el misterio de la relación de la «criatura con su Creador y Señor» tal como lo menciona san Ignacio en las Anotaciones [EE 15]. Somos imagen de Dios, una manifestación de Dios para el

mundo, absolutamente única, irrepetible, original. Este «Rostro de Cristo» que soy es eminentemente dinámico, se recrea sin cesar. Toda mi vida terrestre es su construcción. Mi libre-escoger y mi libre-hacer le dan sus rasgos originales. Tengo capacidad para intuir esta continua relación amorosa que me da el estar, el hacer y el ser (Hechos 17,28). Lo que soy está en continua relación creadora con el universo. Se trata de una relación recíproca. Todo mi hacer y mi ser provoca ondas de propagación que refuerzan o neutralizan lo que me viene del exterior. Soy como una nota de la sinfonía de la Creación que sostiene el Cosmos y, a la vez, está sostenida por él.

La cuestión es entonces: ¿Cuál es la tarea que me hará llegar a la plenitud de mi ser o «salvar mi ánima» [EE 23]? No hay otra vía que indagar en lo que soy, lo que soy como camino hacia el desvelamiento de El-que-Es. Si soy progresiva y original manifestación suya, es pecado todo aquello que oculta, deforma, adultera o frena lo que soy:

– Atribuirme el ser, el hacer, los talentos o las obras, oculta al Manifestante.

– Enfocar la atención, el interés, toda la red de mis actuaciones sobre mí mismo deforma o adultera la manifestación y pierde su sentido porque existo en función del otro.

– La ignorancia, el estrés de una vida desordenada, el dejarse arrastrar, la diversión... frenan la manifestación.

La conciencia del pecado es ya iluminación. Esta conciencia no nos sepa-

ra sino que nos une a Dios. Lo cierto es que mirando en nuestra experiencia del pasado, fue la conciencia del pecado lo que de repente iluminó la gratuidad del amor de Dios. Pablo dice: «En esto conocimos el Amor de Dios, que siendo pecadores, Cristo murió por nosotros» (Rm 5,8). Conviene que el ejercitante pueda imaginarse frente a Cristo Jesús en la cruz, expresión suprema del amor y del perdón, tal como Ignacio lo sugie-

re en el precioso coloquio del primer ejercicio [EE 53]. El pecado no daña a Dios, sino a nosotros mismos. Dios, en su amor, lo asume y salva. Más que pedir perdón, tenemos que dar infinitamente gracias. Cuanto más grande es el pecado, mayor es el agradecimiento. El pecado es sobre todo ignorancia. «Padre, perdónales porque no saben lo que hacen» (Lc 23,34). En la luz de Dios es imposible de pecar.

3. SEGUNDA SEMANA

La Segunda Semana se centra en la contemplación e identificación con el camino seguido por Jesús hasta el don incondicional de sí mismo: «Esto es mi vida entregada por vosotros». Se trata de llegar a escuchar cómo nos invita: «Haced lo mismo que yo he hecho».

El único camino para «salvar el ánimo» es la salida de sí hacia el otro. Esto vale para todos los tiempos y no es exclusivo del cristianismo. En el islam, por ejemplo, se trata del segundo grado del sufismo, que se define como *tariqa*: «lo tuyo es tuyo, lo mío es tuyo» o la práctica del *Ithar*: preferir los otros a sí mismo. En el budismo, después de la experiencia del vacío, se desemboca en la compasión, como el volver a la plaza del mercado: «Vuelves sin nada, ya sabes que nada te pertenece. Vuelves dándolo todo, eternamente feliz y sin necesidad de magia, adonde pisas, nace la prima-

vera» (Kakuan, s. XII). Así trabaja el Espíritu en todo ser humano. Es así como el Manifestante se hace manifestación. No es un llamamiento a un estado, ni a una forma extraña de vida sino que forma parte de la pedagogía divina de la Creación para todos los seres. Todos llegarán, antes o después, con muchos y dolorosos extravíos o en vía recta de la absoluta gratuidad. Un día despertaremos libres del egocentrismo, introducidos en la corriente inefable de un Dios que se da. Este despertar nos pide una actitud de escucha, clara, creativa, libre, responsable.

3.1. Sentido de la oblación en la meditación del Rey Eternal [EE, 91-97]

Ignacio nos despierta con la Llamada del Rey Eternal. Es un primer paso a dar la vida que invita a tomar parte en la construcción de la Realidad con una cooperación amorosa. Esta cooperación amorosa supone que el ejercitante tiene que dejar en el Otro el reino que se preparaba a construir con todo su corazón. Es costoso. El proyecto de Dios es más grande que el nuestro, nos desborda. Sólo Él sabe. La llamada del Rey nos invita a dejar nuestros planes para entrar con confianza y fiarse de una realidad mucho más amplia: el plan de Dios. Jesús lo llama el *Reino*. Muchas parábolas lo mencionan pero nunca nos dicen qué es. Se trata de firmar un cheque en blanco.

La experiencia del Absoluto en Ignacio, más allá de sus imágenes y de sus conceptos, fue conducida por el Maestro [Aut 27 4]. Para él, el camino fue Jesús. Andar con él supone ir a dónde él, hasta el final. En la Oblación del final de la meditación [EE 98] se ofrece una última prueba. Nos podemos preguntar cómo un texto de tal fuerza ha podido situarse al principio de esta Semana, cuando el ejercitante es aún un principiante. Durante mucho tiempo pensé que el *agere contra* de las Anotaciones [EE 16] o «más aún haciendo contra...» de esta oblación [EE 97] era para tener dominio de sí mismo y vencer las propias necesidades. Después, contemplando en Jesús el dolor del mundo, creí que era para disponerse a estar con él en un mundo sufriente,

como en el Tercer grado de Humildad [EE 167]. Con el tiempo he ido descubriendo que lo que pretende Ignacio con esta oblación tan radical es provocar una liberación del miedo que despeje el camino para no distorsionar la relación con el Maestro y dedicarse al Reino.

En mi experiencia de acompañar los EE he descubierto hasta qué punto puede paralizar el potente condicionamiento del temor. En su vida, Ignacio no esconde la importancia que tuvo para él el honor y las vanidades del mundo [Aut 1], y la ruda experiencia de humillación y de pobreza que tuvo que sufrir en 1516 con la quiebra de su familia de adopción en Arévalo, al caer en desgracia Juan Velásquez de Cuéllar como ministro de finanzas del Rey. San Ignacio tuvo miedo tanto a la pobreza como al desprecio porque los había experimentado. Durante su convalecencia en Loyola, la contemplación de Jesús en la vida de los santos le hizo cambiar. Pudo hacer frente a sus miedos y pidió lo que temía: vivir en pobreza y padecer menosprecios. Se trata de algo semejante a lo que leyó en la *Vida de los Santos* a propósito de Francisco de Asís: su beso a un leproso fue el origen de su conversión. Ambos rompieron la cadena del temor que les impedía el paso del fluir de Dios. A mi entender, esto es lo que explica la importancia de esta oblación al principio de esta Semana. Es importante que el ejercitante tome conciencia de sus miedos y redacte una oblación personalizada que le permita hacer frente a estos «globos» que son sus miedos y pincharlos. Le costará tiempo y esfuerzo, casi una muerte, pero saldrá libre, objetivo, sin trabas.

3.2. ¿Quién es Jesús?

Antes de proseguir hay que hacerse dos preguntas: ¿Quién era Jesús para Ignacio y quién es para los que le buscan actualmente?

3.2.1. ¿Quién era Jesús para Ignacio?

Toda la vida de Ignacio está imantada por Jesús. En la Autobiografía se menciona los momentos privilegiados que tuvo de encuentro con él [Aut 29,41,44, 48,96 y 99]. Entre ellos destaca la Visión de la Storta [Aut 96], donde sintió cómo el Padre le ponía con el Hijo. También en el Diario hallamos unos pasajes de extraordinaria comunión de Ignacio con Jesús:

«Intensidad en el imprimírseme el nombre de Jesús» [D 68, 23 de febrero 1544].

«Era en mí tanto amor, sentir o ver a Jesús» [D 75, 24 de febrero 1544].

«Al decir *Domine Jesu Christe, Fili Dei vivi* etc., se me aparecía en espíritu, viendo que primero había visto a Jesús, como dije, blanco, esto es, la humanidad, y en este otro tiempo sentía en mi alma de otro modo, es a saber, no así la humanidad sola, mas ser todo mi Dios etc., con una nueva efusión de lágrimas y devoción grande» [D 87, 27 de febrero].

«La tal devoción y amor todo se terminaba en la Santísima Trinidad, no teniendo noticias o visiones distintas de las tres personas, mas simple advertencia o representación de la Santísima Trinidad. Así mismo algunos ratos sentía lo mismo, terminando en Jesús, como hallándome a

su sombra como si fuera el guía, mas no disminuyéndome la gracia de la Santísima Trinidad, antes pareciendo juntarme más con la su divina Majestad» [D 98, 3 de marzo 1544].

«Volviéndome a Jesús le decía: Señor, ¿dónde voy? Siguiéndoos, mi Señor, no me podré perder» [D 114, 5 de marzo 1544].

En definitiva, podemos decir que Jesús era para Ignacio:

– El Compañero y Amigo incondicional:

El que nunca falla (Lc 9,57-62 y Mt 8,18-22).

El que asume todo lo suyo (Rm 8,28).

El que le ama hasta el extremo (Jn 13,1).

El que da su vida por él (Lc 22,14; Mc 14,17; 1Cor 11,23).

– El Viviente (Rm 6,9-10; Ef 1,10).

– El Señor, que le convida a participar en el Reino, implicando su cuerpo, su creatividad, el corazón y la inteligencia (Mateo 4,18-25).

– Jesús y él, conectados por el mismo Espíritu-Dios-Amor (Rm 5,5 y 6,5; Juan 15,1-8).

– El Camino hacia: «Dios todo en todo» (1Cor 15,28).

El propósito general de los jesuitas P. Adolfo Nicolás dijo durante su intervención en Barcelona el 12 de diciembre 2008: «Nos sentimos llamados a ser compañeros de Jesús como lo fue san Ignacio». Esto quiere decir que nosotros deseamos ser movidos por el Espíritu de

Jesús: por su manera de ser, su talante, sus valores, sus preferencias.

3.2.2. ¿Quién es Jesús para nuestros contemporáneos?

La pregunta «¿Quién es Jesús?» vuelve cada vez que intentamos ahondar en su vida. En realidad, no hay respuesta. No hay respuesta, pero se puede aclarar si distinguimos dos planos: el de la razón y el la experiencia. La *razón* nos sirve para un tipo de conocimiento, mientras que la *experiencia* va mucho más allá de lo que podamos entender. En ella podemos encontrar sentido, sin por ello «entender».

– Con la razón: de Jesús sabemos poco. Él decía de sí mismo que era el *Hijo del hombre*. Lo vemos como verdadero hombre, compartiendo todos los aspectos de la condición humana. Aunque el ser humano es muy misterioso, sabemos algo de lo que pudo ser capaz Jesús porque también nosotros somos humanos. Pero lo que es Dios no lo podemos saber. El IV Concilio ecuménico de Letrán (1215) definió que «de Dios nunca diremos nada tan semejante a él que no tenga una semejanza mucho mayor», y Tomás de Aquino también dijo: «No hay palabras humanas para hablar de Dios». Que Jesús sea Dios lo podemos decir, pero, en realidad, no sabemos lo que significa.

– La experiencia de Dios: tal experiencia se vive como plenitud, como ruptura del ego y como comunión con el universo y con la Trascendencia. Todo ello va acompañado de un

sentimiento de perderse en una disponibilidad incondicional, junto con sentimientos de agradecimiento, de humildad y de ternura. Mucha gente, no sólo cristianos o creyentes, vive esta experiencia.

¿Qué queremos decir cuando hablamos de *Cristo*? En verdad, se trata de un término que tiene muchos significados. Inicialmente significa «el ungido por el Espíritu». Se utiliza para designar al hombre «ungido» Jesús de Nazaret. Pero Pablo también habla de la comunidad como el Cuerpo de Cristo, y por lo tanto se está refiriendo a una realidad de la que todos formamos parte (1Cor 6,15; Ef 4,4-16; Col 2,16). *Cristo* se utiliza también como sinónimo de Palabra, como Manifestación del que está más allá de todos los nombres y de todos los conceptos. Todo es manifestación de Dios para los que saben contemplar. Todo el cosmos es manifestación, es el Cristo total. Nosotros mismos, sin ser Jesús de Nazaret, somos «manifestaciones», es decir, entramos dentro de la realidad de *Cristo*.

El recuerdo de los discípulos sobre Jesús era casi un éxtasis en el que revivían lo que vislumbraron al haber estado en contacto con él. Dios en él era transparente, resplandeciente. Jesús era una manifestación evidente y con el tiempo fructificó la idea restringida de que sólo él era la manifestación de Dios. Hoy tendemos a creer que Dios tiene infinitas maneras de manifestarse. También como Palabra. Cristo es dicho en Jesús de Nazaret, pero también es dicho en toda persona o situación que nos abre a la inmensidad del Dios inefable. Esto todavía puede desconcertarnos, pero tal

ha sido la experiencia de todos los místicos y la experiencia a la que tratan de abrirnos los EE: a un Dios todo en todo.

Durante esta Semana puede ser adecuado ponerse al día sobre lo que la investigación contemporánea dice sobre el Jesús histórico. Se pueden proponer autores como José Antonio Pagola, Albert Nolan o Enrique Martínez Lozano. También se pueden leer algunos ensayos donde sitúan a Jesús en el contexto de las demás tradiciones religiosas.

3.3. Cómo orar con el Evangelio

La petición que san Ignacio propone para todas las contemplaciones de la Segunda Semana es: «Demandar conocimiento interno del Señor, que por mí se ha hecho hombre, para que más le ame y le siga» [EE 104]. El conocimiento de su humanidad, los rasgos de su personalidad, de su actuar, de su hablar, es un encuentro en la fe y en el amor con Él como compañeros, viviendo del mismo Espíritu, como los sarmientos viven de la misma savia de la vid (Jn 15,1-8).

No se trata de acercarse a los textos evangélicos con espíritu científico y descartarlos por ser poco fiables históricamente. Hay que acogerlos como vías para acercarse al Misterio, a la Verdad que no alcanza la razón humana. El Inefable se expresa a través de fábulas, poemas, mitos. Una película, aun cuando narra hechos ficticios, puede conmovernos hasta lo más profundo y acercarnos a lo Real más que un documental histórico. Con esta actitud hay que orar todos los pasajes de la vida de Jesús, tanto en esta Segunda Semana como en las demás. La contemplación nos ayuda a ver

a Dios manifestado en Jesús y, sin quedarnos anclados en el pasado, ver la actualidad de Dios manifestado en el mundo y en mí.

3.3.1. *Diversos accesos al misterio de la Encarnación*

Encarnación significa literalmente: «hacerse carne». Se puede ampliar el sentido: «hacerse palpable», «poder ser experimentado por los sentidos». En este sentido, todo el universo es encarnación. Es la manifestación del Manifiesto, como la Palabra. Así mismo, *Emmanuel* («Dios en medio de nosotros») puede entenderse como que cada ser es una individualización particular y dinámica de la Totalidad. El núcleo profundo de cada cosa es el Ser del que mana el ser y el existir. En Él no hay dualidad. Todo está conectado, como pozos en una misma capa freática. Pablo dice: «En Él vivimos, somos y existimos» (Hch 17,28), refiriéndose a todos los seres humanos, sin exclusión. Padre e hijo son palabras humanas, son metáforas para expresar una profunda experiencia vivida por Jesús de su intimidad con Dios. Jesús utilizaba las palabras y los contenidos propios de su condición humana y de su medio sociocultural.

Recurriendo a las mismas fuentes de los Evangelios, constatamos que hay diversos modos de abordar este misterio. Lucas y Juan, en concreto, lo relatan con dos géneros totalmente diversos. Ambos textos son unos de los más bellos de la Escritura.

a) La Anunciación a María (Lc 1,26-38). Este relato, en su sencillez, dice mucho más que lo que dice. Hay que

acercarse a él humildemente, con el corazón de rodillas, sabiendo que el misterio de Dios no tiene ni palabra ni imagen humana para decirse. Leer el texto primero sin hacerse preguntas. Dejarse invadir por el Espíritu para después entrar en un entendimiento no literal y dejar que mane lo escondido del misterio detrás de las palabras humanas.

b) Prólogo de Juan (Jn 1,1-16). Estamos ante otro tipo de texto, grandioso, solemne, con una grandiosidad que aterriza en: «lo que hemos visto, oído, tocado del Verbo de Vida [...], lo contamos para que vuestro gozo sea pleno». Verbo, Palabra son una manera de revelar lo oculto, manifestar lo escondido. «En el principio era el Verbo». Podemos preguntarnos qué sentía Jesús de esta unión inefable con el Padre, qué dice de lo que experimenta. Y nosotros, callar, abrimos a lo que se «ve» cuando se cierra los ojos... Adorar, no con la inteligencia sino con el sentido del corazón que intuye y acierta sin tener palabras para expresarlo.

c) San Ignacio propone su propia composición del Misterio de la Encarnación: «Hagamos redención del género humano» [EE 101-109]. En una bellísima imagen, Ignacio nos propone imaginar cómo la Trinidad se conmueve al ver la desdicha de sus criaturas y decide salvarlos. Es otro enfoque para expresar el Misterio. Nos propone un juego de imaginación: la contemplación. Despertar los sentidos (ver, oír, tocar) y la afectividad para ayudarnos a intuir el Misterio y entrar en él. Conocer: en el sentido bíblico no es entender sino intuir hasta implicarse, «alterarse» (*alter*, «otro») de esa realidad distinta de la mía y que me

transforma. Suplicar, el corazón de rodillas, este «conocimiento» (ver también Oseas 2,20).

A lo largo de la historia de la Iglesia, ha habido diversas profundizaciones en este misterio. Tal vez el más audaz haya sido el Maestro Eckhart:

«El Padre engendra sin cesar a su Hijo y me engendra en calidad de hijo, como el mismo Hijo. Y no solamente me engendra en tanto que su hijo, sino que me engendra en tanto que Él mismo y Él se engendra en tanto que yo mismo, me engendra en tanto que su propia esencia, en tanto que su propia naturaleza.»

No estamos lejos de lo que el mismo san Ignacio sugiere casi imperceptiblemente: «Pidiendo según que en sí uno sintiere, para seguir e imitar a nuestro Señor, así nuevamente encarnado» [EE 109]. Se trata de prolongar, de extender esta encarnación continuada.

3.3.2. La vida oculta en Nazaret y bautismo en el Jordán

A partir de las pautas dadas en la contemplación de la encarnación, el ejercitante ha empezado a comprender que contemplar la vida de Cristo es contemplar la propia vida. A través de la infancia de Jesús se pueden recuperar nuestras experiencias fundamentales. Seguimos pidiendo «conocer internamente al Señor que por mí se ha hecho hombre, para que más le ame y siga». Sabemos muy poco de la infancia de Jesús pero podemos preguntarnos: ¿Cómo se forjó su personalidad y los criterios que aparecen en los Evangelios? Sabemos algo de su entorno ru-

ral, de la dominación romana, de la mentalidad judía, de sus fiestas, duelos, podemos imaginarnos participando de las pandillas de niños de su aldea. ¿Cómo se formó la imagen y semejanza de Dios en este niño judío? A partir de estas consideraciones, puedo descubrir cómo mi vida está marcada por mi infancia. ¿Cómo me marcaron esas primeras experiencias? Dios se sirvió de todas ellas para formar mi personalidad.

Antes de empezar la vida pública, Ignacio nos detiene y nos recuerda que no podemos olvidar sumergirnos en la *actualidad* de Cristo.

3.4. Las Dos Banderas [EE 136-147]

La meditación de Dos Banderas y todo el evangelio nos sitúan ante el mundo que nos toca vivir. Estamos continuamente en la obligación de *discernir*, para no dejarnos engañar. No hay manera de salir de nuestro egocentrismo y de todos los sufrimientos que nos ocasiona, sin coste.

La petición propia de lo que «quiero y deseo» para esta meditación se puede traducir así: pedir luz para distinguir entre el camino que me lleva a la plenitud del ser y los callejones sin salida que nos llevan a una deshumanización que provoca una inmensa frustración, una frustración que se expresa en miles de evasiones: diversión gratuita, destrozos, violencia, sadismo. Se trata de tomar conciencia de que no estamos inmunes a todo ello. Somos bombardeados por todo tipo de contaminaciones, ya sea al descubierto o de manera insidiosa. Sería muy ingenuo pensar que estoy a salvo.

3.4.1. La táctica del Maligno [EE 140-142]

Ignacio imagina a Lucifer («luces brillantes») como un jefe del estado mayor mandando por todas partes a sus secuaces. Su táctica es sencilla: hacer caer en la trampa del poseer, del prestigio y del poder: más dinero, más fama, más poder mandar. Y así encerrarme, aislarme en la autosuficiencia ciega y sorda, tanto respecto del hermano como de Dios. Estoy dentro de este mundo, participo continuamente de la ambivalencia de sus valores. Hay que desenmascarar las astucias de la propaganda. Hoy, en mí ¿dónde están las tentaciones del poseer, del prestigio y del poder? ¿Siento en el fondo del ser la música interior de la gratuidad del no-poseer, la armoniosa solidaridad de ser «uno de tantos» (Fil 2,7), la escucha humilde que abre el no-poder? Se trata de llegar a descubrir que al no tener nada, lo tengo todo.

3.4.2. La táctica del verdadero Capitán [EE 143-146]

En este mismo mundo que nos toca vivir hay que descubrir el trabajo del Espíritu escondido en lo cotidiano, salvando, saneando, construyendo, formando redes entre los hombres. Sólo mirar. Se trata de percibir cómo en medio mismo de nuestra ambigüedad, el Espíritu gime, a la vez de dolor y de gozo, por la construcción del Cuerpo de Cristo (Rm 8,18-23). Intentar captar la coordinación armoniosa de todas estas «manifestaciones de Dios» que nos rodean.

Ignacio imagina a Cristo, nuestro sumo y verdadero capitán, escogiendo a muchas personas y enviándolas para

transformar la muerte en vida, para congregar a todos en la lucha por vivir y para hacer vivir. Para ello utiliza la táctica adversa a la de Lucifer. En lugar de enredar, liberar: así propone pobreza contra riqueza, menosprecio contra prestigio, humildad contra soberbia.

La meditación ignaciana de Dos Banderas se ha de complementar con las Bienaventuranzas (Mt 5,1-11), donde vemos a Jesús sentado en «un lugar humilde» con gente también humilde. Y le escuchamos que dice: «Bienaventurados los pobres, los desarmados, los vulnerables, los excluidos, los...». Misteriosa paradoja que lleva a Jesús a llamar felices a todos los infelices de la tierra. ¡Qué inmensa compasión ardía en su corazón!

Saber mirar dónde están hoy día los pobres, los vulnerables en el mundo, en el barrio, en casa. ¿Dónde estoy yo? ¿Dónde me sitúo? Dejarme conmover. Sólo se hace camino al andar y se entiende actuando: Francisco se desnuda frente a la casa paterna, Ignacio cambia su ropa con la de un mendigo, vive en una cueva mendigando su pan... Todos empiezan, con más o menos acierto, caminan y poco a poco aciertan, sin que por eso sepan a dónde van, sin por eso alcanzar más perfección y virtud, sin por eso tener otra seguridad que la muerte y la resurrección de Jesús. Preguntarse si tengo experiencia personal de alguna de las bienaventuranzas.

3.5. Los tres binarios [EE 149-156]

Camino de la elección, Ignacio quiere conducirnos hacia un sí incondicional a Dios. No quiere que nos dejemos enga-

ñar con una entrega superficial. Así imagina el caso de tres hombres que acaban de recibir una herencia, que son buena gente y quieren estar en paz con Dios, con la dificultad de sentir un enorme deseo de disfrutar de la riqueza de la que disponen.

– El primer hombre quiere quedarse en paz con Dios pero continúa afeerrado a la riqueza y ve obvio el disfrutarla. No busca ningún medio para liberarse antes de la muerte.

– El segundo pide que la voluntad de Dios sea que se quede con el bien. Intenta manipular a Dios para poder llegar a la plenitud del ser, sin perder la afección a sus bienes.

– El tercer hombre se pone en indiferencia: «tener o no tener» y busca lo que mejor le ayudará a llegar a la plenitud de su ser. ¿Soy capaz de discernir lo que me ata y lo que me distorsiona la realidad? ¿Qué es lo que realmente busco y quiero de verdad?

Todos los ejercicios nos llevan a un cambio de fondo en nuestro vivir, nos llevará a pequeñas y grandes elecciones. Recordar que la clave de todas las renunciaciones se encuentra en las Bienaventuranzas (Mt 5,1-11). El criterio y el fruto son una inalterable plenitud de felicidad. En la cárcel de Salamanca dijo Ignacio: «No hay tantos grillos ni cadenas en Salamanca que no desee más por amor a Dios» [Aut 69,3].

Después de esta meditación, se prosigue con la contemplación de los pasajes de la vida pública de Jesús. No es todavía tiempo de elección concreto. Nos hace falta todavía sumergirnos en el Evangelio y sentir el mismo Espíritu

que impulsó a Jesús. San Ignacio propone contemplar dieciséis pasajes [EE 273-288] sin cerrar con ello las posibilidades de aumentar o disminuir el número de contemplaciones. Todo ello conduce al momento de la elección que está precedido por otra importante meditación o consideración ignaciana: los tres grados o maneras de humildad.

3.6. Los tres grados de humildad [EE 165-167]

Se trata de la última meditación de la Segunda Semana que precede directamente a la elección. Dios es el Bien supremo y la suprema felicidad del que lo recibe. Y Dios se da. Pero para que se dé, tiene que encontrar espacio en nosotros. Para Ignacio, el hueco que permite a Dios invadirnos tiene un *crescendo*:

- primero: pobreza contra riqueza,
- segundo: oprobio y menosprecio contra el honor mundano,
- tercero: humildad contra la soberbia.

Este abajamiento no es fruto de esfuerzos y conquistas sino de un amor entrañable y descendente que mide y pondera todo lo que podría alejar del Dios-Amor, ese Dios-Amor que se convierte en el «otro», el hermano. Así se pueden traducir las siguientes palabras:

- Pecado mortal: el mal que conduce a la muerte física o psíquica del hermano.
- Pecado venial: el mal que conduce a herir física o psíquicamente al hermano.

– Imitaros: de manera que el hermano se sienta tratado como Dios mismo le trata.

Pedir lo que «quiero y deseo» y aquí será identificarme de tal manera con Cristo para que Él pueda, por mi medio, dar vida y vida en abundancia (Jn 10,10). Se trata de dejar que este fluir de Dios pueda manifestarse sin obstáculos en mi ser y en mi actuar de tal manera que levante al hermano redescubriendo su dignidad, sus ganas de vivir, su capacidad de entrega.

3.6.1. Primera manera de humildad [EE 165]

La humildad es descentrarse de uno mismo para centrarse en el hermano. No soy yo quien tiene que abajarse porque eso me deja todavía centrado sobre mí mismo, sino que tengo que enaltecer el otro.

El envío de la Segunda Persona a «hacer redención del género humano» se concreta en esta humildad, en esta manera de hacer humanidad. Tal es el camino para ser simplemente humanos en un mundo inhumano. «Así me baje y me humille cuanto en mí sea posible» para coincidir con la realidad y agradecer. He nacido desnudo y todo lo he recibido. Tengo que vivir y hacer vivir porque Dios es Vida. Así, me comprometo en este primer grado de humildad a que no haya nada en mi actuar que dé muerte a mis hermanos, ni muerte física ni muerte psíquica. Que no haya nada, ni siquiera mi propia vida, que me impida ser fiel a este propósito: que el don de la vida física y psíquica sea para todos.

3.6.2. Segunda manera de humildad [EE 166]

Dios no es solamente vida, es Amor. «Como Él nos ha amado así nosotros...» (Jn 13,34-35). Dios es un Amor que sana, libera, consuela, levanta y hace andar con la cabeza alta. El compromiso en este grado consiste en que siempre que haya gente necesitada, proponerse que la vida no les humille sino que se manifieste la esplendidez del Amor. Y por nada del mundo, incluso si hiciese tambalear nuestro bienestar y nuestra vida misma, dejar sin socorro al hermano herido físicamente o psíquicamente.

3.6.3. Tercera manera de humildad [EE 167]

Dios es la Vida y Dios es Amor. Esta Vida y este Amor se han manifestado en la entrega de Jesús hasta la muerte y la muerte de cruz. Jesús luchó tanto por la vida, amó tanto, que se entregó, se hizo no-vida. En este tercer grado ya no se trata de una opción *por* los que luchan por vivir y dar vida; tampoco es sólo la opción de estar *con* ellos por amor a la vida, sino que es la opción de estar *como* ellos de parte nuestra, en la no-vida que les aqueja haciéndonos uno de tantos, entrando en el mismo movimiento de la encarnación. Todo ello no supone nada extraordinario sino que, sencillamente, hay que:

- Descentrar nuestra atención, interés, capacidad de sentir, de gozar o de llorar de nuestro egocentrismo.
- Y en el mismo movimiento, centrar nuestra atención, interés, capacidad de amar hacia todo lo que nos rodea. Hay que destapar este fluir de

Dios que mana de nosotros mismos hacia el otro. Y todo ello «por imitar y parecer más a Cristo Nuestro Señor», de manera que el hermano se sienta protagonista y valorado (prestigio), reconocidas sus riquezas (poseer) y respetado su área de responsabilidad (poder). Es decir, tratarlo como Dios mismo le trata.

3.7. La elección

Estamos en el momento central y crucial de los EE. Es el momento en que, de una forma radical, el ejercitante abandona su vida a Dios. Se trata de un giro sin retorno, de hacer un acto de confianza absoluta y de liberar todos los miedos. Aunque los EE están concebidos para hacer elección de estado, en la mayoría de los casos no es durante los EE cuando se hacen las elecciones concretas, sino que ya se han hecho antes o se harán después. En verdad, la elección que está en juego es la elección por Dios, es decir, vivir a partir de este momento con todo el ser vertido en Dios, en la escucha y búsqueda de su voluntad en cada momento, y no de la mía.

Conviene considerar tres cosas:

- a) Toda mi vida ha sido una preparación para este momento. Los últimos meses he tomado cada vez más conciencia de mi lugar en el tiempo, en el espacio, relacionalmente, vitalmente. Soy un elemento imprescindible de un Proyecto que me sobrepasa, formo parte de un todo, como la ola de un Mar sin medida. Disponerme con humildad, agradecimiento, asombro y disponibilidad.

b) Soy lo que soy. Y eso que soy es como Dios se hace Palabra en mí. Soy Manifestación de Dios y soy llamado a ser cada vez más consciente, cada vez más yo, no como algo ya determinado de una vez por todas sino como algo que va tomando forma en cada momento y circunstancia. Acoger lo que soy en mi totalidad, hasta lo más profundo, hasta lo más escondido. Disponerme con humildad, agradecimiento, asombro y disponibilidad.

c) Todo lo vivido, sin excepción alguna, forma parte de lo que soy. Acoger lo vivido, tal o tal momento más decisivo, recordarlo, abrazarlo. Es el momento de acoger incondicionalmente lo vivido. Disponerme con humildad, agradecimiento, asombro y disponibilidad.

La vía unitiva comienza a partir de este momento. Como ya se ha dicho, la elección es el nombre ignaciano de la unión con Dios y de la unificación interior.

4. TERCERA SEMANA

Con la decisión final de la elección ha tomado cuerpo y forma nuestra «deliberada determinación» de vivir en el mismo Espíritu que movía a Jesús. Nos queda ahora reconocerlo en todas las situaciones que se nos presentarán.

No existen lugares ni situaciones humanas donde Dios esté ausente. Siempre está el Dios-vida, el Dios-amor creando, saneando, amando, humanizando, deificando. Dios asume la totalidad de nuestro estar en donde estamos, hasta si tenemos culpa. Dios está en el centro mismo de nuestro vivir. Lo asume todo. Su amor no se queda nunca corto, es inagotable, incondicional. Humildemente, con el corazón de rodillas, nos adentraremos en el camino oscuro de Jesús que le lleva a la cruz y a partir de allí, también humildemente y con el corazón de rodillas, nos adentramos en el dolor del mundo.

Tras su experiencia en el Jordán, Jesús no se echó atrás sino que se im-

plicó en la predicación del Reino. Ahora, se sitúa en el corazón mismo del dolor del mundo, solidario hasta las últimas consecuencias con los excluidos de la Tierra. Ciertamente no entendía. Pero no dudó sino que se entregó. Su Espíritu, vivo en nosotros, nos lleva, sin que tengamos que pensarlo mucho, a la misma entrega. Se trata del movimiento mismo de la Encarnación: «Tanto amó Dios al mundo, que le entregó lo más precioso que tiene un padre, su Único Hijo» (Jn 3,16). Hoy me toca a mí.

Las contemplaciones de la Tercera Semana nos llevan a adentrarnos en esa zona de oscuridad, con la certeza de que participamos en un movimiento que va más allá de lo que podemos entender.

Aunque parezca que nos vamos a perder, a dejar de ser nosotros, a aniquilarnos, sabemos que Dios está allí, que Dios se da, inagotable e incondicionalmente. La Pasión fue el núcleo del Evangelio primitivo, el corazón de la Eucaristía, el Memorial por excelencia: «Esto es mi Cuerpo entregado por vosotros».

4.1. Algunas claves para las contemplaciones de los misterios de la pasión

4.1.1. Reclinado a los pies (Jn 13,1-15)

Jesús sirve en libertad y sirve dignificando al hermano. Lo enaltece, lo glorifica como Hermano. Cristo en mí eleva al hermano. Me necesita a mí para hacerlo. ¿Cómo dignifico yo a los que viven conmigo, a los de mi grupo, mi trabajo, mi familia? ¿Cómo dignifico a los que me apartan, a los que me expresan desprecio, a los que quieren siempre tener razón? Demandar lo que quiero y deseo; aquí será que el amor mismo de Dios, manifestado en Cristo, se manifieste en mí para magnificar a mi hermano. «El Amor ha sido difundido en vuestros corazones por el Espíritu que os ha sido dado» (Rm 5,5).

4.1.2. La Eucaristía (Lc 22,14-20)

La Eucaristía es rito y realidad. En la consagración escuchamos: «Esto es mi cuerpo entregado por vosotros, esta es mi sangre derramada...». Luego Jesús dice: «Haced esto». «Haced esto» no es repetir un rito sino vivir la entrega. Se trata de contemplar y de participar de un movimiento interior, el movimiento mismo de la encarnación que se prolon-

ga en nosotros, tanto en lo excepcional como en lo cotidiano, tanto en lo grande como en lo pequeño. En el acto ritual, las ofrendas son el pan y el vino; en la realidad, es mi propio ser; más que mi cuerpo y mi sangre, es mi vida, todo lo mío y lo de toda la comunidad. En el momento de la consagración, es la misma comunidad la que se transforma en el Cuerpo místico de Cristo y es ella la que se entrega en la entrega de Cristo por la vida del mundo, la comunidad y yo mismo. El concelebrar es renovar «con determinada determinación» mi voluntad de entrar en el movimiento de Dios de darse y entregarse «para que tengan vida y vida en abundancia» (Jn 10,10). Comulgando, doy el paso para que así sea. Y todo ello en comunión con las comunidades parroquiales, de derechas o de izquierdas, cerradas o abiertas; con el que preside, que es como nosotros, de condición humana, con sus límites y ambigüedades; en comunión con toda la Iglesia, con todos los creyentes y los no creyentes, con o sin religiones. Recomendando aquí participar y «concelebrar» en las misas parroquiales que se ofrecen en el propio barrio y que en el momento de comulgar, demos el paso: «Esto es mi vida entregada por vosotros».

4.1.3. El huerto (Lc 22,39-46)

Ver cómo en Jesús todas las seguridades humanas se derrumban. No queda ni pueblo, ni familia, no quedan amigos. La misión y los proyectos se anegan. Queda la soledad y dentro de la soledad, el silencio de Dios. El futuro se ha ofuscado. La noche oscura es sólo fracaso. Callar y mirarle. Estar con Él.

4.1.4. *Jesús en la cruz (Lc 23,33-46)*

Mirarle y dejarme mirar. Abrir los brazos para dejar caer mis últimas defensas y para acoger toda la realidad. Dejarme penetrar de una fuerza que no es mía. Dejarme penetrar por el Espíritu. Repetir y reafirmar ante Él mi elección. Releer lentamente la oblación del final de los EE: «Tomad, Señor, y recibid...».

4.1.5. *Sábado Santo*

Jesús muere. No es tiempo de huir ni de claudicar, sino de acompañar a María, a Juan, a Magdalena, a Pedro, a tantos amigos y amigas en su muda desolación. Jesús era joven. Tenía en sus manos el futuro del Reino. Sus amigos creían en el Reino a través de Él; es más, creían en Él como Reino. Habían visto el Rostro de Dios a través de su persona: en su mirada, en sus gestos, en su palabra. Creían en Él. Pero Jesús ha muerto. ¿Dónde está? Experimentar el desgarró y la ruptura que todo ello supuso.

Con Jesús, ellos también mueren. Han perdido para siempre la vida de antes, tal como se expresa en la liturgia del Bautismo: «Bautizados en la muerte de Cristo». María también ha sido bautiza-

da en la muerte de Cristo, en su sangre derramada. Ella también muere. Al mismo tiempo, llenarse de la silenciosa esperanza de María en el silencio del Sábado Santo, sin campanas, sólo el trinar de pájaros y el viento suave «que no sabes de dónde viene ni a dónde va...» (Jn 3,8), y con los prados repletos de flores. Despertar la «advertencia amorosa», según decía san Juan de la Cruz. Todo el enfoque existencial de María y de los discípulos cambia. Ya no siguen a Jesús, ya no van tras él, de sus dichos, de sus hechos. Cristo se revela vivo en ellos mismos, en cada uno de los que los rodean, en la misma comunidad. Se trata de un Cristo incipiente que se va afirmando poco a poco en ellos. Viven un lento aprendizaje para dejar que se revele en ellos y, por medio de ellos, el Dios Vivo.

Reflectir en mí mismo y percibir en qué medida estas contemplaciones me abren a la progresiva identificación del Jesús que tenía delante con la realidad del hermano. Jesús resucitado se me aparece a través del hermano. Tal es la nueva manifestación de Cristo que mueve mi corazón y mi entendimiento y por medio de mí sigue entregándose.

5. CUARTA SEMANA

La experiencia humilde, escondida y cotidiana de Dios que hacemos hoy día en la realidad no es diferente de las experiencias de los apóstoles después de la resurrección. ¿En qué consistió esta experiencia?

Podemos distinguir dos tiempos: los cincuenta días hasta Pentecostés y el después.

5.1. Los primeros cincuenta días

Hasta lo que conocemos como la Ascensión fue un periodo excepcional de manifestación y de experiencia de la Verdad en el sentido griego de *aletheia*, «desvelamiento». Después de la derrota de la pasión y muerte del Maestro, se desgarró para los discípulos un velo: el jardinero es Cristo; el que mira desde la orilla a los pescadores es Cristo; el forastero que irrumpe en la casa y enseña sus llagas es Cristo; el que asa el pescado y les invita a comer es Cristo; el que camina hacia Emaús y les parte el pan es Cristo. En todas estas situaciones los discípulos descubrieron la misma irra-

diación de lo Inefable que les había cautivado en Jesús y vislumbraron el núcleo profundo de su persona: la irradiación de El-que-Es. Estos días fueron determinantes. A partir de ese momento ya no pudieron retroceder. Se dio en ellos un salto cualitativo sin retorno.

Si volvemos al Fundamento, recordaremos que este salto sin retorno se hace descubriendo las cosas como son. La percepción pasa de un nivel superficial y egocéntrico a un nivel profundo, el del Ser. Hay lo que se ve, la apariencia, pero tras ella se siente vibrar el ser donde Dios se manifiesta, el Cristo todo en todo. Percibir esto es un proceso. Como los discípulos, también dudamos: ¿Es el Señor o no es Él? La apariencia es demasiado densa en todas las cosas y acontecimientos y no sabemos si son o no manifestaciones de Dios.

5.2. Después

Los cuarenta primeros días pasaron y hubo un *después*. «Se volvieron a Jerusalén con gran gozo» (Lc 24,4). En la oscuridad y a la espera, diez días más tarde reciben otra forma de Presencia: la fuerza interna del Espíritu, una fuerza secreta, humilde, cotidiana, inagotable. Ricos del Memorial, entregan su vida en la cotidianidad. Creció la comunidad bajo el impulso del Espíritu, en medio de la ambigüedad de nuestra condición humana, pero con el Memorial: el Cuerpo entregado por la vida del Mundo. Cuerpo de la comunidad eclesial, la Nueva Humanidad, constituida por cada individuo, por creyentes y no creyentes, bajo el mismo Espíritu, desbordando cualquier estructura religiosa.

Ignacio también tuvo sus cincuenta días en los que poco a poco tuvo que ir aprendiendo a ver y a reconocer. Cuenta cómo al bajar de Montserrat revistió de dignidad a un mendigo camino de Manresa y cómo más tarde, al verlo maltratado por los guardias, lloró con el corazón inundado de ternura [Auto 18]. El mendigo era el Amado. Tras la experiencia del Cardoner, el *después* se extendió durante treinta y cinco años más de su vida como una entrega creciente, «hasta el extremo», a toda la gente que se le acercaba, a sus compañeros, a la Iglesia, a la búsqueda de las prostitutas en las noches romanas (fundó la casa de acogida de Santa Marta), escribiendo infatigablemente (nos quedan unas siete mil cartas suyas), en oración continua (cada hora hacía diez veces el examen de conciencia para percibir si algo en la música callada del corazón empezaba a desafinar) y sus misas no se acababan.

El Espíritu se había desatado en él y él amaba, como Dios ama, sin medida, sin cansarse, gratuitamente, sin condiciones.

De todo esto se trata en la Cuarta Semana: se intenta atraer al ejercitante por medio de la contemplación de las apariciones y del último ejercicio, la *Contemplación para alcanzar amor*, a esta disponibilidad que deja el ser, el hacer y la vida sólo como canal del Fluir de Dios.

5.3. La contemplación para alcanzar amor [EE 230-237]

Nos acercamos con sumo respeto a lo que fue lo más íntimo de la vida de Ignacio, a lo que fue el motor de su vida, a lo que él quiere transmitirnos como su don más preciado: hacernos partícipes de la compenetración con el Maestro que le hizo para siempre «compañero de Jesús», viviendo del mismo Espíritu. El Espíritu dado a Jesús, este mismo Espíritu que me ha sido dado, este Espíritu creador que hace ser lo que existe. Vivir en su Presencia, y a partir de esta presencia oír cómo todas las cosas y los acontecimientos cantan, cómo de todo brota una luz de dentro que sólo se ve si se ama. Nos pide tomar conciencia del Amor que ha sido difundido en nuestros corazones por el Espíritu que nos ha sido dado (Rm 5,5). No es el amor lo que nos falta, lo que hace falta es *realizarlo*, hacerlo real.

Conviene aquí tomar el texto integral de los EE y saber que esta contemplación no se acaba con él sino que se nos ofrece para todos los días de nuestra vida y también para la eternidad.

Ignacio introduce dos notas aclaratorias. La primera es que el amor se ha

de poner más en las obras que en las palabras. Una vez más estamos ante el realismo de Ignacio. La segunda es que «el amor consiste en comunicación de las dos partes, es a saber, en dar y comunicar el amante al amado lo que tiene o de lo que tiene o puede, y así, por el contrario, el amado al amante; de manera que si el uno tiene ciencia, dar al que no la tiene, si honores, si riquezas, y así el otro» [231]. Se trata de llegar hasta un punto en que no haya ni tuyo, ni mío, tal como lo expresaba Al-Hallaj en el siglo IX: «Entre Tú y yo se arrastra todavía un “soy yo” que me atormenta. ¡Arranca, mediante tu “Soy Yo” mi “soy yo” de entre nosotros dos!».

Pedir lo que quiero: Tomar conciencia de tanto bien recibido para que pueda «en todo amar y servir». Mi amor es respuesta de su amor; mi entrega, respuesta de su entrega.

A continuación vienen los cuatro puntos propiamente dichos de la contemplación.

– El primero trata de volver a hacer consciente al ejercitante de que su entera existencia es don: por creación, redención y dones particulares [EE 234].

– El segundo punto se adentra en la contemplación de la inmanencia radical y substancial de Dios en todas las cosas: «mirar cómo Dios habita en las criaturas: en los elementos dando ser; en las plantas vegetando, en los animales sensando, en los hombres dando entender; y así en mí dándome ser, animando, sensando, y haciéndome entender» [235]. Estos gerundios son extraordinarios y en muy pocas traducciones se transmi-

ten fielmente. ¿Cuál debió ser la experiencia de Ignacio para llegar a sentir al Inefable desvelándose bajo las apariencias?

– El tercer punto subraya el carácter laborioso de esta presencia: «considerar cómo Dios trabaja y labora en todas las cosas por mí» [EE 236]. De nuevo aparece la polaridad ignaciana: lo universal y lo radicalmente personal: «por mi» para que yo, a mi vez, entregue lo que sólo yo puedo entregar como respuesta a lo que se me ofrece.

– El cuarto punto es: «Mirar cómo todos los bienes y dones descienden así como del sol descienden los rayos, de la fuente de las aguas, etc.» [237]. Aquí se hace presente otra vez la experiencia mística de la no dualidad. La naturaleza de los rayos es la misma que la del sol y las aguas me indican la Fuente. Mirando en mí y a mi alrededor, descubro que todo es manifestación del Manifestante, más allá de los accidentes superficiales. Sólo queda el Inefable manifestándose.

«Alcanzar Amor» nos recuerda el título de esta última contemplación. Pero esto no es fruto de ningún voluntarismo. Sólo hay que quitar los obstáculos para dejar a la Fuente manifestarse por medio de nosotros: «El amor ha sido difundido en vuestros sorazones por el Espíritu que os ha sido dado» (Rm 5,5).

Quiero terminar con la última frase del texto de los EE: «por estar en uno con el amor divino» [EE 370]. Así se alcanza la cima del carisma ignaciano: ver a Dios en todo y todo en Dios.

«Ayudar», con este verbo, Ignacio de Loyola expresó modestamente su gran deseo de hacer el bien a los otros.

Bajo este lema de servicio y sencillez, la Escola Ignasiana d'Espiritualitat (EIDES) ofrece esta serie de materiales ignacianos.

Escola Ignasiana d'Espiritualitat (EIDES) Colección «Ayudar»

63. J. M. RAMBLA - SEMINARIO DE EJERCICIOS (EIDES). Ejercicios Espirituales de san Ignacio de Loyola. Una relectura del texto (2) - 64. J. BAQUER. Acompañar, servicio de Iglesia (1) - 65. T. GUARDANS. Cristina Kaufmann, a la búsqueda de lo esencial - 66. J. BAQUER. Acompañar, servicio de Iglesia (2) - 67. D. MOLLÁ. La espiritualidad ignasiana como ayuda ante la dificultad - 68. J. ROIG. El crecimiento espiritual - 69. L. YLLA - X. MELLONI - J. RAMBLA - D. OLLER. ¿De qué hablamos cuando hablamos de interioridad? - 70. P. TRIGO. Pedro Claver, esclavos de los esclavos - J. GLÉNISSE. Una interpretación contemporánea de los Ejercicios de san Ignacio

Los títulos de esta colección se pueden descargar de internet a: www.cristianismeijusticia.net/eides

La Fundación Lluís Espinal envía gratuitamente los cuadernos EIDES a quien los solicita. Si usted desea recibirlos, pídalos a Cristianisme i Justícia.

Cristianisme i Justícia

c/ Roger de Llúria 13, 08010 Barcelona
Tel: 93 317 23 38 • info@fespinal.com
www.cristianismeijusticia.net